

A fines de 1994, con motivo de la aparición de sus *Obras Completas*, Blanca Berasategui me encargó una entrevista con Antonio Buero Vallejo para *El Cultural* de ABC. Pude grabar entonces una larga conversación de la que se publicó un extracto. Jesús Campos me ha pedido que rescate para nuestra revista parte de aquel material y me presto a ello gustosamente, en memoria del maestro y del amigo. La entrevista que ahora se publica recoge, pues, parte del material publicado e incorpora momentos inéditos.



CHARLANDO CON

B V E R O

Una entrevista de Fermín Cabal

En su casa de General Díaz Porlier, que fue también la de sus padres, y donde Antonio Buero Vallejo ha visto transcurrir la mayor parte de su vida, me recibe el ilustre escritor y académico ataviado con una sencilla bata de paño gris. Al ver a Gonzalo, el fotógrafo que me acompaña, da un respingo y parece contrariado. Lo del fotógrafo no entraba en sus cálculos y se ve obligado a cambiarse con rapidez, mientras se colocan los focos y la cámara. Pocos minutos después, aparece con un traje muy correcto y la botella de whisky con la que va a convidarnos. Él, en cambio, promete que beberá sólo leche, y, en efecto, se sirve un largo vaso del blanco elemento. Al tomar asiento, descubro que lleva unas cómodas chanclas. "Las zapatillas no salen en las fotos", dice, disculpándose con el aire socarrón de quién le da poco valor a estas cosas.

r.c. Parece que te encuentras en plena forma: tu obra *Las trampas del azar* llega a Madrid dentro de unos días,

después de una larga gira, y el estreno va a coincidir con la aparición de tus *Obras Completas*. Ya sé que en peores te has visto, pero supongo que estarás nervioso...

A.B.V. No creas. Te va a parecer vanidad, pero te aseguro que no lo estoy en absoluto.

f.c. Ya no temes al fracaso.

A.B.V. Es que yo no fracaso. Mis obras podrán ser mejores o peores. Como les ocurre a las de Shakespeare, dicho sea de paso. Pero siempre tienen algo salvable, nunca son un completo disparate. Aunque no falte quien así lo sostenga. Te diré que en los últimos años mis obras han sido... vapuleadas.

f.c. Un escritor tiene épocas más creativas que otras... De hecho, tú antes escribías a veces dos obras al año, y en los últimos tiempos te prodigas mucho menos...

A.B.V. Las circunstancias personales influyen mucho y yo estoy, vamos a ser sinceros, decepcionado. De muchas cosas. Y eso hace que entre una obra y otra crezca la pausa, pero tampoco es ése el único motivo. Esta misma obra, por ejemplo, se tenía que haber estrenado en enero del año anterior. Y si no ha sido así, no es por mi culpa.

f.c. Acaban de publicarse tus *Obras Completas*, que ya son incompletas porque no incluyen este último estreno, *Las trampas del azar*. Muchos lectores se llevarán una sorpresa viendo que contienen una buena cantidad de poemas, un aspecto de tu carrera de escritor no muy conocido...

A.B.V. Como muchas personas, quizá la mayoría de los seres humanos, yo también he cedido a la tentación de hacer versos. Empecé en los tiempos escolares y en algún momento llegué a escribirlos con cierta regularidad... pero no puedo decir con propiedad que sea poeta, si acaso, poeta de domingo...

f.c. ¿Dirías lo mismo de la pintura? Porque también en ese terreno has roto unas cuantas lanzas...

A.B.V. No, no,... La pintura es distinto. La pintura ha sido mi vida, o por lo menos mi vocación, bueno, la que yo creía mi vocación durante buena parte de mi vida. Porque aunque yo escribiera desde los nueve años, cosas de críos, quizá un juego, yo en realidad creía ser pintor y pintaba. Y en ese terreno creo que he sobrepasado lo de "pintor de domingo",... hasta que tomé la decisión de dejarla.

f.c. ¿Tomaste la decisión o la fuiste dejando sin darte cuenta?

A.B.V. Fue una cosa meditada, consciente, aunque naturalmente no fue cosa de un día. Pero yo sabía que la estaba dejando.

f.c. Entonces, ¿es cierta esa legendaria capacidad de Buero para tomar decisiones? ¿De dónde te viene esa tenacidad? ¿Eras así ya de niño?

A.B.V. Tampoco creo que sea para tanto... He dejado de fumar, eso sí, y seguramente ha sido una decisión saludable... Sí creo ser una persona... de carácter, y no me considero pusilánime, pero trato de regirme por un estricto sentido de justicia. Quizá no siempre

lo consiga, pero he sentido desde muy pronto ese impulso, probablemente por influencia de mi padre, un hombre muy humano, pero muy recto, al que me sentí siempre muy unido.

f.c. Esa pasión por la justicia ha tenido consecuencias a veces muy dolorosas en tu vida... La locura de la guerra civil afectó profundamente a tu familia, tu padre fusilado por los republicanos, tú condenado a muerte y encarcelado por los militares franquistas... Y sin embargo, has permanecido fiel a tus ideas de juventud en unos tiempos que, al menos últimamente, invitaban a la decepción...

A.B.V. Mis ideas no son exactamente las de mi juventud, eso sería imposible... En esos años de la guerra civil yo creía profundamente en un socialismo radical con la pureza que da la juventud. Hoy conservo una orientación que yo llamaría... de progreso, de creencia en que la justicia hay que conquistarla, y defenderla, aunque naturalmente las cosas son más complejas, no en vano se viven los años. Pero mi vida, y mi obra, siguen siendo fieles a esa idea de justicia, de rectitud, que nos inculcó mi padre.

f.c. Aunque tu obra, como dices, responda a esas preocupaciones éticas, no puede decirse, al menos a mí no me lo parece, que sea una obra, digamos, ideológica. Quiero decir, a diferencia de otros escritores de tu generación que han hecho una obra políticamente comprometida, y en la que la ideología, el marxismo sobre todo, ha teñido profundamente el discurso...

A.B.V. Yo creo que mi obra ha sido inequívocamente de izquierdas, pero lo ha sido desde una perspectiva general, que a menudo ha sido malentendida, o considerada como insuficiente desde ciertos cenáculos...

f.c. La idea del "arte al servicio del pueblo", "el artista revolucionario", etc., no te ha entusiasmado nunca, ¿o me equivoco?

A.B.V. Te equivocas. Yo he creído en esas cosas, aunque con matices. Es decir, no he creído que esas formulaciones tengan que tener el carácter concluyente con el que los comprometidos o los comprometedores quieren bautizarlas. Y a veces eso me ha llevado a tener que enfrentar la animadversión de algunos individuos, y en algún momento de la izquierda oficial.

f.c. ¿Ha sido más exigente con tu teatro la izquierda que la derecha?

A.B.V. Ha habido de todo. Salvo un momento inicial de aceptación casi general, puede decirse que siempre he tenido un sector importante de la crítica en contra. Y entre ciertas gentes de la izquierda no me han faltado los detractores. La famosa polémica del posibilismo, con Alfonso Sastre y José María de Quinto, que luego ha cambiado mucho... Yo era el posibilista y Sastre el imposible. Vamos, no me hagas reír. Sastre era tan posibilista como yo, porque no tenía más remedio. Al filo de lo imposible, es cierto, pero igual me pasaba a mí... ¿Y al final cuál es el reproche? ¿Es que tú estrenas! ¿Ése es el reproche? Y no niego que en todo eso pueda haber

algún componente político, táctico..., pero no es lo esencial. Y luego, también, hay el inevitable elemento generacional, gente joven que aparece después y tiene, o cree que tiene, que afirmarse negando lo anterior, distanciándose de lo que hace Buero, que quede muy claro,... todo eso sería más o menos aceptable, pero lo que me duele es esa inquina personal, ese ir a por ti, a derribarte, que te encuentras en ciertos casos...

Antonio Buero Vallejo se ha excitado. Ha apurado un resto de leche y, sin pensárselo dos veces, agarra la botella de whisky y se dispone a servirse un lingotazo. "Ya sé que es una guarrería, pero no tengo ganas de levantarme a la cocina", alega. Me ofrezco a ir en su lugar, se niega, insisto, trata de disuadirme, trato de disuadirle yo, y, finalmente, interviene Gonzalo, el fotógrafo, y se lleva el vaso a la cocina, que asegura saber dónde está. Buero le advierte que tenga cuidado con un pico maldito que sobresale en el pasillo, Gonzalo asegura que no hay cuidado, y un par de minutos más tarde viene cojeando: se ha dado en toda la espinilla. De modo que le servimos otro whisky para reconfortarle y, un poco más relajados, continuamos la charla.

F.C. Está claro que no han faltado los detractores en tu carrera literaria, pero también tienes tus seguidores, tu ámbito de influencia... Se te ha señalado repetidamente como una especie de progenitor de la llamada "generación realista", por ejemplo...

A.B.V. También exageradamente. No es, o no me lo parece a mí, enteramente cierto. De hecho en mi producción el realismo propiamente dicho, como estilo, apenas está presente. Yo no creo ser un escritor realista. Entiendo que se diga eso en el momento en que aparece *Historia de una escalera*, pero después es un concepto que hay que revisar. Mi obra ha ido, esencialmente, por otros derroteros. Y contra la opinión de mucha gente, quizá de la mayoría. Yo recuerdo que con el estreno de mi segunda obra, *En la ardiente oscuridad*...

F.C. Que en realidad era la primera...

A.B.V. Efectivamente, la había escrito antes... Pues ahí está ya la voluntad de escapar a las limitaciones del neorealismo, que estaba de moda. Y muchos dijeron: "*Historia de una escalera* sí, pero ahora se está extraviando, son errores monumentales". Bueno, pues en esos errores está, a mi juicio, el verdadero influjo, positivo espero, de Buero sobre generaciones posteriores. Yo he transitado por el realismo, el neorealismo, es cierto, y no lo repudio, pero nunca lo tomé como mi verdadero estilo. He buscado otras cosas, he intentado vías muy diferentes... Y creo que las obras más valiosas que he escrito están en otros estilos, aunque muchos se empeñen en encerrarme en *Historia de una escalera* o en *Hoy es fiesta*.

F.C. ¿Y cuáles son esas obras?

A.B.V. ¿Cuáles son?... *La Fundación*, desde luego... Es difícil,... *En la ardiente oscuridad*,... *Diálogo secreto*,... *El sueño de la razón*..., no sé...

F.C. ¿Y *El concierto de San Ovidio*?

A.B.V. También. ¡Y *El Tragaluz! El Tragaluz* es de las mejores.

F.C. Y si desechamos la noción de realismo, qué término crees tú que convendría a tu teatro, ¿simbolista, tal vez?

A.B.V. Yo he hablado muchas veces de simbolismo. Hasta puede decirse que he sido yo quien acuñó este término referido al teatro... Se hablaba de poesía simbolista, naturalmente, pero nadie parecía advertir que el teatro podía ser simbólico. Y yo sugerí que ese término puede ser apropiado. En alguna ocasión he llegado a sintetizar la cuestión diciendo que toda realidad, si se llega con suficiente penetración, es simbólica. Yo creo que en casi todas mis obras es posible hacer una doble lectura. Un nivel más directo, y luego, otra cosa.

F.C. ¿Cuál es la naturaleza de esa otra cosa? ¿Tiene que ver con esa distinción que hacía Freud entre lo latente y lo manifiesto?

A.B.V. Ten en cuenta que yo pertenezco a esa generación que descubre a Freud y al psicoanálisis. Y, desde luego, esa preocupación por los mecanismos de la psique humana ha estado constantemente presente en mi obra. A veces, incluso, demasiado.

F.C. Y ese componente freudiano, ¿ha convivido bien con el componente marxista?

A.B.V. Es que son complementarios. Uno puede sentirse políticamente cercano al marxismo, pero en el terreno artístico, la aportación de Freud, y de Jung, el descubrimiento del inconsciente, ha sido muy notable. Después de ellos hay que considerar de otra manera el proceso creador.

F.C. Me sorprendes, porque siempre he pensado que tú eras un escritor que trabajabas de una manera muy elaborada, desde lo consciente, quiero decir. Que tienes que saber exactamente todo lo que va a pasar, y cómo va a pasar, y por qué va a pasar, antes de ponerte a escribir...

A.B.V. Sí, eso es exactamente así, pero eso no quiere decir que no se modifique en el proceso de la escritura. Pero también esas modificaciones son detenidamente pensadas. Yo no pretendo escribir "inconscientemente". Al contrario, necesito "hacer consciente" mi inconsciente, y que esos elementos se transformen en la obra en sí, que yo debo saber perfectamente adónde va.

F.C. O sea, que eres consciente de que en tu vida hay un elemento inconsciente que alimenta, o determina, o lo que sea, tus procesos psíquicos, pero que en el momento específico de la creación lo que prima es lo consciente.

A.B.V. Digamos que ese elemento inconsciente, cuando alcanzo a entenderlo, me revela cosas que luego son sustancia del trabajo sobre el argumento, que naturalmente, es un trabajo consciente.

F.C. Sin embargo, cuando uno examina tu obra, encuentra ciertas imágenes recurrentes. Por ejemplo, esas puertas que se abren a un paisaje añorado, casi siempre un

paisaje cargado de afectos, mitificado por la memoria... Esa puerta por la que desaparece al final el protagonista de *Diálogo Secreto*... O ese balcón, que es otra puerta, por el que un hombre contempla a la mujer de sus sueños cosiendo, y hoy necesita mirar... Esas imágenes, ¿han sido puestas ahí conscientemente por Buero Vallejo o se las encuentra una y otra vez en el proceso de la escritura? No sé si recuerdas que en una ocasión, en casa de Paco Nieva, nos contaste una historia muy hermosa: un cuento de Wells, de un joven que abre una puerta y entra en un jardín y allí es muy feliz, etc., y un día sale y al volver ya es incapaz de dar con esa puerta de la felicidad... Dijiste entonces que estabas convencido de que ese relato, que te había fascinado, encerraba las claves para un mejor entendimiento de tu obra...

A.B.V. Y lo sigo diciendo. *La puerta en el muro*. No voy a decir que sea el mejor cuento que he leído, pero sin duda el que más me ha impresionado. Yo tendría catorce años entonces... pero sigue impresionándome, cuando lo he vuelto a leer una y otra vez. Hoy Wells está casi olvidado, son estas cosas de la literatura, pero a su manera era un genio y si te das cuenta su obra sigue presente, a través del cine: el hombre invisible, el viaje a la luna, el viaje a través del tiempo... Todo eso, todo, ya está en Wells. Y su fórmula es casi siempre la misma: un viaje al misterio. Y ahí es donde yo me identifico, porque para mí la creación literaria es básicamente eso. Y hay que cruzar esa puerta, la puerta del misterio.

f.c. Supongo que en la cárcel no te faltarían sueños con puertas que se abren... Lo digo porque parece que fue allí donde se despertó tu vocación literaria...

A.B.V. No, no es cierto,... Hay algo de leyenda creada en su día en torno a *Historia de una escalera*... Se dijo que la obra había sido escrita en la cárcel, incluso se dijo que gracias a ella yo había salido en libertad,... Nada de eso es cierto... Y no fui yo quien lo inventó... A mí el teatro me había atraído desde mi infancia, hice teatro en mi casa, en un teatrillo infantil precioso que hoy conserva mi hijo... Porque mi padre era un gran aficionado, me llevaba con él a las ferias, a ver las compañías que llegaban a Guadalajara, y luego tenía una aceptable biblioteca de teatro, aquellas colecciones que había antes. Era un gran aficionado, de modo que también eso se lo debo a él.

f.c. Y ahora, al cabo de cuarenta y cinco años de teatro, a punto de estrenar en Madrid tu última obra, si hicieras balance de los disgustos y de las satisfacciones, ¿qué prevalecería?

A.B.V. No sabes lo que he tenido que soportar a lo largo de todos estos años. La lista de ataques, de cargas contra Buero es interminable. Las cosas que he tenido que escuchar de los críticos... Un imbécil me acusa, con motivo del estreno de *La detonación*, de tergiversar a Larra, haciéndole decir: "asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, prefiero los del pueblo", cuando esa es una frase de Larra perfectamente conocida, una de las

muchas que yo he sacado de sus escritos al componer el personaje de mi obra,... y este mentecato, que cree conocer mejor que yo la obra de Larra, se permite... Es increíble,... y las historias de que si Buero esto lo ha sacado de aquí, y esto de allá... Que si esto es de O'Neill, y esto ya lo hizo Priestley... Si me han llegado a decir que me he inspirado en el Edipo de Sófocles... No sé, es difícil aguantar esto un día tras otro...

f.c. Pero lo aguantas...

A.B.V. Yo lo aguanto todo... Comprenderás que a estas alturas... Lo que no quiere decir que no me moleste... Sobre todo cuando veo mala baba, una intención de desprestigiar... Como ese otro crítico, otro idiota, que se permite decir: "Buero aburre hasta a los corderos"... Pues si algún borrego se aburre, que no venga al teatro, que nadie le obliga. Porque yo no pretendo divertir a la gente de esa manera. Yo no hago comedias, con todo el respeto a las comedias. Yo tengo un temperamento trágico y lo que hago son tragedias.

f.c. Y si alguien lo quiere comprobar, supongo que *Las trampas del azar*, tu última obra, que está a punto de estrenarse en Madrid, le aclarará las dudas... y que allí podrá ver, de una manera más tangible, qué significa eso del simbolismo y la doble lectura,...

A.B.V. Ahí podrá ver, incluso, lo que tú decías de las puertas, porque también hay una puerta, aunque no sea una puerta,... Es que está puesta de una manera tan sutil que habrá quien se dé cuenta y quien no. Y por tanto habrá quien se quede en una lectura más superficial, y no vea más que los aspectos argumentales, la crítica, por ejemplo, contra una de las grandes lacras de nuestra sociedad, el armamentismo. Habrá quien vea sólo eso, y habrá quien sea más sutil y vea las trampas del azar. Percibirá entonces, y quizá se asombre, esos hechos tan reales, esa malla de hechos que se suceden en la realidad como coincidencias, y que es algo que no me lo he inventado yo: el gran psiquiatra Jung les llamaba "coincidencias significativas"... Son esas coincidencias aparatosas, difícilmente imputables al azar, que nos hacen sospechar que detrás de ellas pueda haber una causa, aunque la ciencia no la haya encontrado... todavía. Jung, como digo, las ha estudiado y sostiene que son mucho más frecuentes de lo que la gente cree. Y lo cierto es que cuando se producen, y cuando se tiene la experiencia personal de alguna, uno intuye que no pueden atribuirse al azar.

f.c. Hablas de experiencia personal... ¿Tú has tenido alguna?

A.B.V. Soy muy cauto para estas cosas, pero te diré que creo haberlas tenido. No soy un deísta, un creyente en los fenómenos raros, pero estoy muy atento a ellos y los miro siempre con mucha cautela. Yo creo haber tenido, al menos un par de veces, experiencia personal de este tipo de fenómenos, pero no me atrevería a asegurar que no puedan ser simples casualidades. Ahora, me parece difícil que lo sean. ■